

CHEMA Y SU GABINETE

Presentación del libro de José María Pérez Gay, *La supremacía de los abismos* Los Nuestros, La Jornada Ediciones. México, 2006.

Rolando Cordera Campos

Bienvenidos al gabinete del Dr. Pérez Gay. *Tu nombre es el silencio* o *El imperio perdido* y ahora la *Supremacía de los abismos*, pasando por El príncipe y sus guerrilleros: un arco de soledad y un laberinto de desazón; de amor y desamor pero a la vez de búsqueda de las claves de la razón abrumada por la tragedia o la crueldad del desencuentro y del azar. Aquí se habla de horrores y de poetas, se redescubre el subsuelo y se cita a Manuel José Othón para beneficio de la memoria o de la melancolía, según lo diga Freud o lo complique Lacan.

En este viaje en cuatro etapas por los abismos del alma moderna, que termina como empieza en el centro de esta tierra de la contemplación desolada que nos transmite siempre José María Pérez Gay, se ofrece al final consuelo con unos perfiles de tres personajes de nuestra cultura (Sigmund Freud, Elfried Jkelinek, Edward Said) quienes sin embargo, sin querer queriendo, nos remiten igualmente y sin mediación alguna a los bajos fondos, el inframundo del carácter y de la estructura social en cuya dialéctica busca nuestro autor las claves de esta supremacía del abismo que lo abruma y nos invita a compartir.

El volumen se organiza en cuatro grandes capítulos y uno final con los tres retratos mencionados. En el Universo Atómico se dan cita J.Robert Oppenheimer, el padre de la bomba atómica, Hiroshima y Nagasaki y el infierno de Chernobyl. En Alemania: los mil años, nos acercamos al laberinto del duelo del pueblo alemán y entramos al pasadizo mortífero de Auschwitz para preguntarnos por qué no se obscurecieron los cielos. En la sombra que avanza, topamos de nuevo con el genocidio y hemos de ocuparnos de “los que han de morir sin esperanza” (Manuel José Othón): Indonesia, Bosnia-Herzegovina y Milosevic, el Cáucaso en llamas. En ¿Cuánta globalización podemos soportar? (Safranski) vamos del *limes* romano a la gran migración mexicana y global, de Ensenzberger al

lamentable Huntington, para encarar el subsuelo, que ante los zapatistas asustaba a Querido Moheno, en los altos multifamiliares de la *banlieu* donde se alojan los nuevos ciudadanos que cantan la marsellesa pero a diario topan con el racismo y la cerrazón del capitalismo metropolitano.

Los nómadas urbanos que ansían los bienes portátiles que promete la globalización y sólo reciben mandatos violentos de resignación y espera cartesiana. A cambio, ellos gritan, a Sarkozy y el resto: “ahora van a conocer la escoria...No tenemos palabras para explicar lo que sentimos. Sólo sabemos hablar con el fuego” He aquí, nos dice Pérez Gay, “los misterios e incógnitas que yacen ocultos en el subsuelo mismo del mundo contemporáneo de la globalización”. Se trata de mirones muy enterados y alambrados a la información instantánea que les narra sus incapacidades, su ciudadanía frustrada, la vivencia cotidiana de una desigualdad que no tiene lógica, ni base ética, sólo el vacío global. *¿De te fabula narratur?*.

Estas son unas crónicas donde las capacidades destructivas y auto destructivas del hombre y del poder se nos presentan siempre a la vuelta de la esquina, cercanas como lo manda el mito recurrente de la aldea global y siempre dispuestas a romper barreras étnicas, de nivel de desarrollo o de cultura, historias milenarias o recientes, usos y abusos del lenguaje o de la economía recientemente adquiridos, como en los suburbios de Paris, o paciente, cruel y obsesivamente cultivados e inventados o vueltos a inventar como en Angor con parada de repuesto en las cocinas y restaurantes de la capital francesa.

Personaje central del capítulo de despegue, es Robert Openheimer, héroe de la eficacia administrativa dispuesto a romper con angustia y pena las barreras del entendimiento tradicional entre lo bueno y lo malo, entre lo humano y lo eterno, quien por mucho tiempo resumió las ironías y paradojas del poder humano para dominar y someter al resto de la naturaleza y así poner a la especie al borde racional de la desaparición sistemática, no por accidente sino porque el proceso, como alguna vez lo dijo el físico inolvidable, así lo impone. (La bomba tenía que lanzarse.../si no, para que la hicimos? Dicen que dijo alguna vez el sufrido Oppie)

Pérez Gay califica a su personaje como un analfabeta moral y me parece injusto. Después de leer lo que en el libro se consigna de la comparecencia de Oppie ante el miserable General Strauss y la Comisión de Energía Atómica, es obligado ponderar su ambigüedad y ambivalencia ante su creatura, con el valor, la entereza y el ácido sentido del humor del científico y enorme administrador de la creatividad para la destrucción.

“Cuando la Comisión de Energía Atómica le preguntó la importancia de los isótopos radioactivos para la defensa nacional, Oppenheimer respondió que eran más importantes que las vitaminas...Los isótopos pueden en efecto generar energía atómica, respondió a otra pregunta, pero también necesitamos una pala y un rastrillo para generar esa misma energía...Se puede emplear también una botella de cerveza, continuó...

“Uno de los miembros de la Comisión intentó conciliar los ánimos...inquiriendo sobre secretos de Estado y la más alta seguridad...La más alta seguridad es la que ofrece el ataúd, dijo Oppenheimer” (ver p.54)

En Hiroshima y Nagasaki el mundo se redescubrió e inició una fase, que al parecer no podrá cerrarse sino al costo de terríficas entradas en el horizonte de las *distopías* más alucinantes, que ha marcado la historia política y mental del mundo a partir de 1945. “¿No terminará nunca la espiral de la destrucción, cuáles serán nuestras armas en la Tercera Guerra Mundial? Preguntó a Einstein su colega húngaro Szilard. “No tengo idea, respondió Einstein. Pero le puedo decir cuáles usaremos en la Cuarta: piedras” (p.49)

Dice Oppenheimer: “Si las bombas atómicas se vuelven una parte del arsenal de las naciones, entonces llegará la hora en que el género humano pronuncie los nombres de Hiroshima y Los Alamos como si fueran una eterna maldición” (49).

Y sigue y se pone peor con Elías Canetti o Wilfred Burchett como cronistas de las sepulturas y descubridores de la “plaga atómica”, como la bautizara el célebre periodista australiano, quien años después nos revelaría el Vietnam del horror de Joseph Conrad y de la obsesiva estrategia del

bombardeo con saturación, que Truman y sus militares quisieron ahorrarse con la atómica pero que en Asia desató la ira demencial y el delirio del Khmer Rouge y Kieu Sampan y verdugos asociados.

Vivir en el equilibrio de la destrucción mutua y bajo el manto del Estado de Seguridad Nacional de Truman y Acheson, hoy vuelto un Estado de inseguridad planetaria como nos dice Gore Vidal, no ha alejado el horizonte del holocausto nuclear, cuyas fuentes se multiplican con la globalización. La multipolaridad nuclear que profetizara Kissinger es ya un hecho de la globalización realmente existente, cada día más distante de la que han querido vender los predicadores de la unificación mercantil al estilo americano.

De principio al fin nos hace compañía la arrogancia del poder y la impudicia de sus intérpretes. Hasta el delirio. Dice W. Lawrence, periodista al servicio de la Casa Blanca: “Estar cerca de la bomba y contemplarla mientras se convertía en un ente vivo, tan exquisitamente modelado que cualquier escultor se sentiría orgulloso de haberla creado, lo transporta a uno al otro lado de la frontera que separa la realidad de la irrealidad y nos hace sentir la verdadera presencia de lo sobrenatural” (p. 65) Kubrick y el doctor *Strangelove*, creador de comics.

El general Groves, por su parte, nos reporta Pérez Gay, asegura al Congreso que la radiación no causaba sufrimiento humano alguno a sus víctimas. “por cierto, dice el militar, ésta es una manera placentera de morir”

El amanecer nuclear tampoco fue óbice para que la segunda mitad del siglo XX fuera el escenario de una cascada de horrores que le permiten a nuestro autor distraer su atención de la pesadilla democrática mexicana y abocarse a su dedicada, diría alguien que gustosa, disección. De la bomba y su constructor, al espionaje bienhechor de Fuchs, a Chernobyl y sus insufragables costos humanos, financieros, históricos, al pasado profundo de la imposibilidad del duelo del pueblo alemán, la caída de Hitler y su proyecto Nerón de la destrucción total de Berlín, para aterrizar en la miseria humana encarnada en el arquitecto de Germania, Albert Speer y su vecino de celda, Rudolph Hess.

“La isla de los Bienaventurados” llamaba Speer al mundo irreal de Hitler que él construía y deconstruía con asiduidad. La constatación de que, *pace* admirada doña Hanna, no hay manera de banalizar el mal, no por mucho tiempo al menos.

“La Caída, nos dice el autor, muestra que no hemos salido del horror de la guerra del siglo XX...no creo que los muertos hayan logrado enterrar a sus muertos. 50 millones de cadáveres cubrieron la tierra. Hubo cerca de 40 millones de heridos, mutilados, dementes. Y los que sobrevivieron resienten el trauma de esos años hasta el fin de sus días. El absurdo del mundo se reveló como nunca antes esos días...En agosto de 1945... la humanidad se dio un ultimatum a sí misma con las armas nucleares. ¿Los hombres luchan y se destruyen por dar sentido a la existencia que no tiene sentido, un objeto a la esperanza que no tiene objeto? ¿Existe entre nosotros una pulsión de muerte, como afirmaba Freud? Nunca nos restableceremos de la última guerra, decía Sebald: el delirio de sobrevivir quizás acabará con nosotros”

Y hay más. “decimos que el genocidio judío es incomprensible porque no queremos ver que la barbarie es la posibilidad permanente de nuestra cultura (114). Y cuando falta, llega en su auxilio Primo Levy: “Los monstruos existen pero son muy pocos como para constituir un peligro; los que son realmente un peligro son los hombres comunes y corrientes” (118)

El genocidio es parte de la sombra que avanza, y no perdona latitudes ni grados de alfabetización, de Indonesia y el terror fundamentalista de Isla May a Ruanda a Sarajevo, al redescubrimiento del lado oscuro de la globalidad no en Haití sino en los multifamiliares de las afueras de París, al horror de Kampuchea. El Cáucaso en llamas y el sacrificio de Chechenia a manos de todos y para gloria eterna del poder de Putin.

“Tras la guerra de Vietnam (1965-1975), propone nuestro autor, la destrucción de Camboya abre la edad de plomo universal y exhibe el rotundo fracaso de la política eurocentrista de los derechos humanos...Hace erupción el mundo de la barbarie enterrado en la Segunda Guerra Mundial” (132). Bien, pero volvamos a las preguntas: ¿Quién abre las tumbas? ¿Quién empieza, el Khmer Rojo y su criminal milenarismo o Kiesinger y los bombardeos de los B-52 que destrozan los tejidos sociales de

comunidades y territorios enteros, diezman Camboya y Laos y desde luego Vietnam del Norte y del Sur? Nada de esto, ciertamente, como bien consigna Pérez Gay, soslaya “nuestra indefensión psicológica y moral frente a la tragedia de Camboya” . Como (des)consuelo: “Las secuelas del terror no son reducibles a conceptos, y sólo podemos aludir a ellas con las imágenes de un relato; su nombre es legión” (133).

Ítem más, pero sólo para adultos probados: “Auschwitz, Bergen belsen, Camboya, Srebrenica, hablan de un fenómeno en el límite de la experiencia y del discurso, donde no sólo se revelan los límites de nuestras formas narrativas y retóricas, sino también de todo proyecto de escritura de la historia. Hablar del genocidio es hablar del mal, del poder demoníaco, para decirlo de algún modo que nos convierte en bestias, y del drama de nuestra libertad” (145).

La constelación del gabinete del Dr. Pérez Gay no deja salidas francas sino veredas sinuosas, amarradas a la esperanza que la cultura y la honestidad intelectuales de Freud o Said nos ofrecen y que el autor se arregla para presentar como utopía realista y realizable si por lo menos...el globo dispusiera de un minuto para volver los ojos atrás y documentase este inventario nada marginal ni anecdótico de su historia de destrucción que Sebald se ha encargado de inventariar y que nuestro autor de esta noche remacha con maestría dolorosa e implacable.

¿Para dónde va el mundo?, ¿a dónde podemos ir?, puede parecer pregunta ociosa a los ojos de este memorial que no es de agravios sino de aberraciones. Quizás, lo que habría que dilucidar en este otoño del descontento mexicano con la arrogancia de un poder que no acierta a recitar el alfabeto elemental de la política democrática, pero cuyas instituciones dice estar empeñado en defender del asedio de los bárbaros, aka nacos, es dónde quedó el mundo y nosotros con él, para desde este ajuste de cuentas cósmico, como el que nos invita a hacer este libro, responder en positivo a una de las preguntas despiadadas de Safranski: ¿Cuánta globalización podemos soportar? Sugiero: la que usted guste Dr. Pérez, siempre y cuando, como propuso Lafontaine, no le tengamos miedo y nos arriesguemos a nacionalizarla de cara a la fuga cotidiana de nuestro mejores y mas valientes a través del Río Grande que alguna vez se llamo Río Bravo.

En la migración México tiene el espejo negro y distorsionado de su trayectoria por el neo liberalismo y una globalización que se presentó como oportunidad pero que desde el poder se ha vivido mas bien como resignación. En este tránsito, que se alejó de la conseja clásica del mudarse por mejorar para refugiarse en el realismo de irse para sobrevivir porque “a uno lo amargan todo en su país” ,como alguna vez me dijo un joven obrero tapatío de la construcción en el Cañón Zapata, en las inmediaciones de la Colonia Libertad de Tijuana, se condensa el desafío mayor de un México cuyas elites del poder y la riqueza juegan su propio simulacro de fuga, con tal de no encarar su propio subsuelo, hoy convertido en airado reclamo plebeyo de justicia y democracia.

El ocaso del futuro: el *limes* romano y la gran migración, o una revisita al ciclo del eterno retorno. “El limes romano nunca sirvió para detener a los migrantes..se convirtió en símbolo de la decadencia de la agricultura en tierras abandonadas” (210). ¿podemos trasponer esa historia para comprender nuestro gran éxodo contemporáneo.? En principio sí. Los fenómenos coinciden progresivamente aunque hasta hace muy poco la migración fuera limitada. Hoy, ¿tendríamos que hablar de ésta como un símbolo de la decadencia de la agricultura en tierras abandonadas? ¿O más bien de la de una cultura a la que le falta economía, oportunidades, política democrática creíble y compatible? ¿No será más bien que nuestra globalización como resignación, ponderada por el cambio demográfico, es la que nos ha traído a esta masiva fuga histórica?

Nuestra migración es nuestra difracción: recoge nuestra distorsión; la corrosión de los tejidos tradicionales y nuevos de la cohesión social y la lealtad política; la corrupción del Estado que se las ha arreglado para atravesar el cambio democrático y exacerbar los vectores de una crisis profunda de sus estructuras vitales: fiscales, morales, de imaginación desarrollista.

Con todo, la emigración mexicana al norte forma parte del ajuste subversivo y mayor de nuestro tiempo: las masas sin trabajo o perspectiva, son masas globales que no aceptan su destino cierto en el fondo de la pirámide. De aquí el carácter subversivo de la metáfora del subsuelo que acosa a Pérez Gay a todo lo largo de su travesía por los abismos.

El Dr. Pérez Gay, aka Chema, desde su gabinete, dice que con sus escritos, “tan sólo desea, como decían los viejos cronistas virreinales, estar en el mundo”

Después de leerlo de nuevo, no puedo sino reconocer y envidiar su eficacia para llevarnos de la mano y sin contemplaciones a este su mundo, donde imperan las fantasías negras y las pesadillas cotidianas que no es posible exorcizar desde el diván proverbial del viejo sabio de Viena. Tal vez sea por ello que su propia catarsis se vuelve invitación a la reflexión informada y comprometida y que, al final de cuentas, sólo sea en la política y en la cultura, en la política de la cultura, donde pueda encontrar reposo este guerrero de las letras, las ideas y la desolación de los imperios y las memorias perdidas, que sin piedad alguna aparecen y reaparecen en sus entrañables incursiones en los laberintos del alma moderna.

San Pedro Mártir, D.F. 24/10/06